

sin lesión, y animó á sus soldados repitiendo jovialmente las palabras de César en una ocasion semejante: *Ea, amigos, que pues la tierra nos abraza, bien nos quiere.*

Llegó en esto la retaguardia que al mando de Andrade habia cruzado por el puente de abajo, y el esforzado general español mandó á los tres cuerpos de su ejército embestir al enemigo por tres puntos diferentes. Aterrados, envueltos y atropellados los franceses, huyeron desordenados y dispersos, abandonando artillería, banderas, acémilas y bagajes, acosados por la caballería ligera española, atajados por grupos que les cortaban el camino, y sufriendo horrible degüello y estrago (29 de diciembre). Los que pudieron librarse de las espadas españolas lograron entrar en Gaeta, y Gonzalo acampó aquella noche en la inmediata villa de Castellone (una y media legua), donde dió á sus soldados el descanso de que tanto habian menester, despues de haber andado y peleado todo el día en un terreno blando y fangoso y en medio de una lluvia incesante. Los franceses habian dejado en el campo de tres á cuatro mil hombres, con cerca de otros tantos de baja entre prisioneros y extraviados, y perdido aquel magnífico tren de artillería que era la admiración de Europa y que parecia hacerlos invencibles.

Tal fué la famosa rota de Garillano, el mas completo y el mas importante triunfo que ganó Gonzalo de Córdoba, y con el cual acabó de merecer el renombre de Gran Capitan, porque nada se debió allí á la fortuna, todo á la capacidad é inteligencia del caudillo español, toda á la constancia con que supo mantenerse por espacio de cincuenta días delante del enemigo sufriendo penalidades y trabajos para recoger en un día dado el fruto de su calculada perseverancia. La Italia vivió en este día deshecho y anonadado aquel poderoso ejército, cuyo número y cuyo aparato parecia iba á absorber y derrotar en un momento cuanto se le presentara y opusiera (1).

Al siguiente día muy temprano marchó el Gran Capitan sobre Gaeta, plaza bien fortificada y abastecida, protegida además por una esquadra que podia llevar á su numerosa guarnición cuantos auxilios necesitara de los vecinos puertos. Pero tenia dentro de sí misma el enemigo mayor y mas terrible, á saber, el desaliento y el espanto de la derrota de la vispera. Así fué que los defensores del Monte Orlando, altura que domina la ciudad, rindieron aquella fuerte posición antes de dar lugar á que se disparase un tiro; y no bien habia Gonzalo sentado su artillería, cuando los de Gaeta le ofrecieron la rendición con tal que les otorgara ciertas condiciones, á que el general español no tuvo reparo en acceder. Firmóse, pues, la capitulación (1.º de enero, 1504), la cual contenia sencillamente: que los franceses evacuarían la plaza, entregando á los españoles la artillería y todos los pertrechos de guerra: que se restituirían mutuamente los prisioneros de ambas campañas; y que á las tropas francesas se les daría libre paso por mar ó por tierra para volverse á su país. Nada se dijo en ella de los italianos que servían en el ejército francés, y en su virtud Gonzalo, como no comprendidos en la capitulación, los envió á las prisiones del castillo Nuevo de Nápoles. Severo solamente con estos, mostróse Gonzalo con los franceses generoso, atento y cortés en extremo; elogió su valor, alivió su suerte cuanto pudo, é hizo cumplir la capitulación tan escrupulosamente, que como viese que un soldado suyo intentó arrancar á un suizo una cadena de oro que llevaba al cuello, se lanzó al soldado con la espada desnuda y hubiérale atravesado si el delincuente no se hubiera arrojado al mar. Con esto ganó Gonzalo gran fama entre los que acababan de ser sus enemigos, y llamábanle *gentil capitan* y *gentil caballero*.

No se detuvo el vencedor en Gaeta sino los días necesarios para dar algun descanso á sus tropas; al cabo de los cuales, dejando el gobierno de la plaza á Luis de Herrera, dirigióse á Nápoles, donde hizo una entrada triunfal, que faltó poco para que se convirtiera en llanto y desolación, por la aguda enfer-

(1) Guicciardini, Istoria d'Italia, lib. VI.—Garnier, Hist. de France, tomo V.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 190.—Crón. del Gran Capitan, libro II, c. 110.—Zurita, Rey don Hernando, lib. V, c. 60, y los demás antes citados.

medad que le sobrevino, efecto sin duda de las fatigas y padecimientos anteriores, y que le puso á punto de dudarse de su vida. Entonces se vió la popularidad de que gozaba el vencedor ilustre. Durante los días de peligro se hicieron por él rogativas y votos en todas las iglesias y monasterios de Nápoles. Cuando se supo que la robustez de su naturaleza habia triunfado de la enfermedad, el pueblo se entregó á un loco regocijo. Todos le felicitaban y aplaudían, y los poetas le tributaban loores, aunque hubiera sido de desear que la grandeza del héroe hubiera encontrado mas dignos intérpretes y mejores plectros (2). Restablecido Gonzalo, congregó los Estados del reino para recibirles el juramento de fidelidad á Fernando de Aragon y de Castilla, dedicóse á organizar el dislocado gobierno y la desconcertada administración de justicia, hizo nuevas alianzas y estrechó las antiguas con los Estados de Italia, envió varios de sus oficiales á ocupar las pocas fortalezas que aun tenían los franceses, y empezó á dar recompensas á los esforzados capitanes que le habian ayudado en la guerra y cooperado á sus triunfos.

Entonces fué cuando dió con régia liberalidad aquellas espléndidas remuneraciones que comenzaron á excitar los celos del monarca español. Á Próspero y Fabricio Colona les restituyó los estados que les habian usurpado los franceses; á Albiano, jefe de los Ursinos, le dió la ciudad de San Marcos; el condado de Mélito á Diego de Mendoza; el de Oliveto á Pedro Navarro; á Diego de Paredes el señorío de Caloneta; y así fué dando ciudades, fortalezas y estados á Andrade, Benavides, Leiva y demás caudillos que se habian distinguido en la campaña. Deshacíanse todos en lenguas para ensalzar su munificencia y generosidad; mas como aquello lo hiciese sin esperar la aprobación de su soberano, y aun contra el espíritu económico de este, no extrañamos que en medio de la alegría que causaron en la corte de España las victorias del Garillano, comenzara Fernando á mirar al Gran Capitan con cierto recelo de su gran poder y prestigio, y que exclamara entre enojado y sentido: *¿Qué importa que Gonzalo haya ganado para mí un reino, si le reparte antes que llegue á mis manos (3)?*

Un disgusto tuvo Gonzalo en medio de tantas satisfacciones. Los soldados se le insubordinaron reclamando los atrasos de sus pagas, y llevaron su rebelión tan adelante que se apoderaron de dos plazas del reino para asegurarse de su pago. Mal antiguo era este en el ejército español de Italia, y que habia producido ya no pocos disgustos y peligros. Muchas veces desatendido y casi siempre atrasado, habíase visto así, ya en Calabria, ya en Barletta, ya en las orillas del Garillano, y al decir de los historiadores italianos, cuando se ajustó la capitulación de Gaeta no habia una sola ración de pan en el campamento de los españoles. Esto manifiesta el sufrimiento del soldado español, aumenta el mérito de las victorias del Gran Capitan, pero no deja de ser un cargo contra la estrecha economía de Fernando. Tuvo no obstante Gonzalo que sofocar la sublevación á fuerza de energía y severidad, y sin perjuicio de procurar satisfacer una parte de las pagas atrasadas, aunque á costa de acudir al sensible recurso de imponer contribuciones al reino conquistado, disolvió las compañías mas rebeldes, y envió los mas revoltosos á España para que fuesen castigados. Esto no podia menos tambien de dar ocasion á los soldados á entregarse á excesos perjudiciales á la disciplina, y nada á propósito para captarse las voluntades y los ánimos en países recién adquiridos.

Compréndese bien la consternación que produciría en toda la Francia la noticia de la derrota del Garillano y de la rendición de Gaeta. La corte se vistió de luto, y el rey se encerró en su palacio, sin dejarse ver de nadie, escondiéndose de los ojos de sus mismos súbditos, como abochornado de ver deshecho por un puñado de españoles el magnífico edificio de sus vastos planes. Costóle la pena una grave enfermedad, y no faltó mucho

(2) No se lucieron en verdad en esta ocasion Mantuano, Cantalicio y otros poetas italianos. Y por eso dice bien nuestro Quintana, que hasta ahora la fama de Gonzalo de Córdoba «está depositada con mas dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía.»

(3) Crónica del Gran Capitan, lib. III, c. 1.—Giovio, Vite Illustr. Viror.



ARMADURA DEL GRAN CAPITAN, GONZALO FERNANDEZ DE CÓRDOBA.

(Armería Real de Madrid)

sin lesion, y aximo a sus soldados... palabras de César en una ocasión... *pues la tierra nos abraza*...

Llegó en esta la retaguarda... cruzado por el puente de... ñol mandó a los tres... migo por tres puntos... pellados los franceses... abandonando artillería... das por la caballería... y les cortaban el... go (29 de diciembre)... das españolas... aquella noche... legua), donde... habían... da en... i... la... que era la admiración... ciertos invencibles.

Tal fué la famosa rota de... más importante triunfo que... cual acabó de merecer el... porque nada se debió allí a la... inteligencia del caudillo español... que supo mantenerse por espacio... del enemigo sufriendo penalidades... un día dado el fruto de su calculada... La Italia... vió en este día deshecho y anonadado aquel poderoso ejército, cuyo número y cuyo aparato parecía iba a absorber y derrotar en un momento cuanto se le presentara y opusiera (1).

Al siguiente día muy temprano marchó el Gran Capitan sobre Gaeta, plaza bien fortificada y abastecida, protegida además por una esenadra que podía llevar a su numerosa guarnición éntantos auxilios necesitara de los vecinos puertos. Pero tenia dentro de sí misma el enemigo mayor y más terrible, á saber, el desaliento y el espanto de la derrota de la vispera. Así fué que los defensores del Monte Orlando, altura que domina la ciudad, rñdieron aquella fuerte posición antes de dar lugar á que se disparase un tiro; y no bien había Gonzalo sentado su artillería, cuando los de Gaeta le ofrecieron la rendición con tal que les otorgara ciertas condiciones, á que el general español no se repuso el... pues, la capitulación (1.º de enero)... sencillamente: que los franceses... gando á los españoles la artillería... guerra: que se restituirían... ambas campañas y que á los... libre paso por mar ó por tierra... se dijo en un de los... és, y en su virtud... pitulación, le envió á la... poles. Severo... franceses generosa, atento y cortés... lor, alivio sin muerte cuanto pudo, e hizo... cion tan escrupulosamente, que como... suyo intentó arrancar á un suizo una cadena de... vaba al cuello, se lanzó al soldado con la espada... haberle atravesado si el delincuente no se hubiera... al mar. Con esto ganó Gonzalo gran fama entre los... baban de ser sus enemigos, y llamábanle *gentil capitán* y *gentil caballero*.

No se detuvo el vencedor en Gaeta sino los días necesarios para dar algún descanso á sus tropas; al cabo de los cuales dejando el gobierno de la plaza á Luis de Herrera, dirigió á Nápoles, donde hizo una entrada triunfal, que faltó poco para que se convirtiera en llanto y desolación, por la aguda enfer-

(1) Quiñoblanco, *Historia de España*, t. 11.—García, *Hist. de Francia*, tomo V.—Bernaldez, *Reyes Católicos*, t. 1.º.—García del Gran Capitan, libro II, c. 116.—Zurita, *Rey don Fernando el Católico*, lib. V, c. 81 y las demás antes citados.

... las fatigas y palabras de César en una ocasión... punto de dudarse de... de que gozaba el ven... de peligro se hicieron por él... las iglesias y monasterios de Ná... que la robustez de su naturaleza había... el pueblo se entregó á un loco... felicitaban y aplaudían, y los poetas le tribu... aunque hubiera sido de desear que la gran... hubiera encontrado mas dignos intérpretes y... (2). Restablecido Gonzalo, congregó los Esta... para recibirles el juramento de fidelidad á Fer... de Aragón y de Castilla, dedicóse á organizar el dislo... y la desconcertada administración de justicia, ... estrechó las antiguas con los Estados... sus oficiales á ocupar las pocas for... franceses, y empezó á dar recompen... que le habían ayudado en la

... aquellas es... los celos... las resti... á... de... y ad... y otras... en la... Destacábanse todos en lenguas para ensalzar su... nificencia y generosidad; más como aquello lo hiciese sin es... perar la aprobación de su soberano, y aun contra el espíritu... económico de este, no extrañamos que en medio de la alegría... que causaron en la corte de España las victorias del Garillano, comenzara Fernando á mirar al Gran Capitan con cierto recelo de su gran poder y prestigio; y que exclamara entre eno... jado y sentido: *¿Qué importa que Gonzalo haya ganado para mí un reino, si le reparte antes que llegue á mis puertos?*

Un disgusto tuvo Gonzalo en medio de tantas satisfacc... nes. Los soldados se le insubordinaron... de sus parias, y llevaron su rebelión tan adelante que se apo... de su plaza... de su pago... de Italia, y que... Muchos... habíase visto así... del Garillano, ... cuando se ajustó la... sola ración de pan en el... el... el mérito de las... de... cargo contra la... de... que... se... mas... que... a los... disciplina... los ánimos

... en toda... de la rendición... en encerró en su... de los ojos de... de ver deshecho por... de sus vastos pla... y no faltó mucho

... en esta ocasión Manzano, Cantalicio y... Quintana, que hasta... Córdoba está depositada con mas dignidad... en los ecos de la poesía... *Vite Illustr.*

Viror.



Montaner y Simon, Edt. M. Pujadas, Lit.

ARMADURA DEL GRAN CAPITAN, GONZALO FERNANDEZ DE CÓRDOBA. (Armeria Real de Madrid.)

para que le costara la vida. El que se ve humillado, ó se abate ó se exaspera, y Luis XII sufrió sucesivamente las dos afecciones: en la primera estuvo para sucumbir él, y en la segunda hizo sucumbir á muchos, puesto que descargando su encono en todos los que creyó culpables de aquel resultado, hizo ahorcar á los comisarios del ejército, acusados, no sin fundamento, de rapacidad; desterró á dos de los mas bravos caudillos, Sandricourt y Alegre, por haberse rebelado contra su general, y prohibió á las tropas de la guarnición de Gaeta pasar los Alpes, obligándolas á invernar en Italia. Solo faltaba esto á los infelices soldados franceses, que por todas partes ofrecían un cuadro aflictivo de desolación y de miseria. Hé aquí cómo la pinta un historiador extranjero. «Muchos de los que se embarcaron para Génova murieron de enfermedades contraindas en el largo espacio que estuvieron acampados en los pantanos de Minturno. Los demás pasaron los Alpes y entraron en Francia, porque su desesperación les hizo atropellar por la prohibición de su rey. Los que se encaminaron por tierra padecieron mas, por los insultos de los italianos, que se vengaron á su sabor de los actos de barbarie y de violencia que por tanto tiempo habian sufrido de los franceses. Veíase á estos errantes á manera de espectros en los caminos y en las ciudades del tránsito, ateridos de frio y desfallecidos de hambre: todos los hospitales de Roma, y hasta los establos, las chozas y otros lugares que podían servirles de abrigo, estaban llenos de miserables que solo buscaban algun rincón para morir. No fué mucho mejor la suerte de los caudillos. El marqués de Saluzzo á poco de llegar á Génova falleció de resultas de una fiebre ocasionada por los padecimientos de su espíritu: Sandricourt, demasiado soberbio para soportar su desgracia, se quitó la vida por sus propias manos: Alegre, mas culpable, pero mas valeroso, sobrevivió para tener la fortuna de reconciliarse con su soberano, y de alcanzar la muerte del guerrero en el campo de batalla (1).»

Ya no inquietaba á Luis XII solamente lo de Nápoles, que esto dábalo por perdido, sino que temía tambien por lo de Milan, viendo como veía las potencias de Italia inclinarse unas y ponerse otras abiertamente bajo la protección del rey de España, sin poder contar con el papa Julio II ni con el emperador Maximiliano, y sabiendo que no faltaban descontentos milaneses que provocaran á Fernando de Aragon y ofrecieran ayudarle á lanzar de Milan á los franceses. Muchos lo esperaban así tambien, y acaso era la idea que dominaba en Europa, atendido el abatimiento en que habian quedado los franceses y el genio superior de Gonzalo y el prestigio de que le rodeaban sus recientes glorias. No aparece sin embargo que ni Fernando ni Gonzalo, ambos cautos y prudentes, pensarán en realizar tal proyecto. Sirvió no obstante aquel temor del monarca francés para que viniera mas blandamente al partido que el español hacia tiempo deseaba. Moviéronse, pues, negociaciones y pláticas para una tregua, y merced á la buena maña de los embajadores españoles se ajustó á poco tiempo tregua de tres años, concertándose, que durante aquel período el rey don Fernando de Aragon poseería tranquilamente el reino de Nápoles; que se restablecerían las relaciones mercantiles en los Estados de ambos monarcas, excepto en Nápoles, de donde los franceses quedarían excluidos; que en este intermedio cada uno de los soberanos se abstendría de dar ayuda ni apoyo á ninguno de sus respectivos enemigos. Este tratado, que firmaron los plenipotenciarios del rey de Francia, en Lyon (11 de febrero, 1504), habia de empezar á regir desde 25 de febrero, y le ratificaron los Reyes Católicos á 31 del siguiente mes de marzo, en Santa Maria de la Mejorada. «Y túvose por hecho de grande negociacion, dice el historiador aragonés, por ser tan dificultosa la concordia sobre tales prendas como era el reino por cuya posesion se tenia por muy justa la guerra (2).»

(1) Prescott, Hist. de los Reyes Católicos, part. II, c. 15.—Buonacorsi, Diario.—Garnier, Hist. de France, tom. V.

(2) Zurita, Rey don Hernando, lib. V, c. 65.—Dumont, Corps Diplomatique, tom. IV, núm. 26, donde se inserta el tratado.

El tratado segundo de Lyon ponía término á las guerras de Nápoles, decidía de la suerte de aquel reino en favor de España, y la misión de Gonzalo en Italia dejaba de ser de guerrero y empezaba á ser de político y de gobernador.

«No es posible, dice con mucha justicia y con loable imparcialidad un historiador extranjero, considerar la magnitud de los resultados conseguidos con tan pequeños medios, y contra tal muchedumbre de enemigos, sin llenarse de profunda admiración por el genio del hombre que los habia realizado.» Cosa es que asombra en verdad, y que nos parecería inverosímil, si los hechos y los testimonios no lo hicieran tan evidente, ver á un hombre con tan escaso ejército, muchas veces sin pagas, muchas sin viveres y no pocas sin vestuario, en apartadas y extrañas tierras, incomunicado á veces con su patria y entregado á los solos recursos de su genio, triunfar de los mejores generales y de los mejores ejércitos franceses, humillar á dos monarcas de Francia, y ganar un reino entero para los reyes de España sus soberanos. Los que intentan atenuar el mérito de los triunfos de Gonzalo en la primera campaña con las imprudencias y desaciertos de Carlos VIII de Francia, olvidan que sin estos desaciertos é imprudencias triunfó de todo el poder de Luis XII en la segunda; y si imprudencias hubo de parte de los monarcas ó de los generales franceses, habíanselas con un general español que no las cometía nunca y sabia aprovechar las de otros. Los que intentan atribuir los desastres de la Francia en la segunda campaña á la prematura muerte del mariscal La Tremouille y á haber encomendado el mando del ejército á generales italianos, olvidan que en la primera venció el capitán español al rey Carlos, á los duques de Montpensier y de Nemours, y al veterano Aubigny, franceses todos; y quien anonadó en la segunda al marqués de Mantua y al de Saluzzo, quien abatió á la flor de los caballeros franceses, Alegre, Bayard, La Fayette y Sandricourt, hubiera humillado lo mismo á La Tremouille.

Era el genio superior de Gonzalo el que obraba aquellos prodigios. Porque Gonzalo no era solo el capitán enérgico, brioso y esforzado, el soldado de lanza y el guerrero de empuje, era tambien el general de cálculo, el caudillo estratégico, el jefe organizador. El Gran Capitán era al propio tiempo el negociador político. El intrépido batallador era tambien el astuto diplomático. El castigador severo de la indisciplina era el hombre afable y contemporizador que sabia atraerse el cariño del soldado. El caballero que se distinguía por el magnífico porte y el brillante arreo de su persona, el remunerador espléndido y generoso, era tambien el modelo de sobriedad, y el tipo y ejemplo de la paciencia y del sufrimiento en las escaseces, en las privaciones, en los trabajos y en las penalidades.

Así no sabemos en qué situación admirar mas á Gonzalo, si venciendo en Atella y en Cerinola, si combatiendo á Tarento y á Ruvo, si rescatando á Ostia y á Cefalonia, si batallando y triunfando en el Garillano, si sufriendo con inagotable y calculada paciencia en la plaza de Barletta y en los pantanos de Pontecorbo. No habia genio que pudiera medirse con el de un general que ganó todas las batallas que dió en su vida, y que en su larga carrera militar solo perdió una, la única que se dió contra su voluntad y contra su dictamen, anunciando anticipadamente el resultado que no podría menos de tener. Así Gonzalo, vencido con las armas materiales en Seminara, ganó mas gloria y mas fama que si hubiera sido vencedor, porque triunfaron la capacidad, la prevision, la inteligencia y el talento del que nunca mas habia de ser ya vencido.

Dejemos ahora al Gran Capitán en Nápoles asegurando su conquista y administrando el reino adquirido con su espada para sus soberanos, y no anticipemos las amarguras que habian de acibarar el resto de su gloriosa vida. Vengamos ya otra vez á la península española. El orden de la historia nos obliga ya á referir el mas triste acontecimiento que pudiera sobrevenir á esta nacion, donde todo habia sido glorias y prosperidades desde el feliz ensalzamiento de los Reyes Católicos.